



Tener salud no resulta fácil. Basta una infección, una corriente de aire, una comida no adecuada, una alergia, para que empiecen los problemas.

Por eso, **cuando la salud brilla en momentos buenos, hay oportunidades maravillosas para entregarnos con mayor plenitud a los demás.**

No siempre será una salud perfecta, pero basta la suficiente para que empecemos a salir de nosotros mismos para amar y servir.

¿Qué bien puedo hacer ahora? ¿Qué deberes puedo cumplir? ¿A quién puedo ayudar? ¿Cómo aprovechar esa energía que tengo disponible?

**Al valorar la salud como don reconocemos que es algo no merecido.** Millones de seres humanos están imposibilitados por enfermedades, algunas terribles.

Por eso, al despertarme y gozar de un nuevo día, puedo agradecer a Dios este don tan grande y empezar a emplearlo de la mejor manera posible: dándome.

Quizá mañana las fuerzas empiecen a fallar, los dolores se hagan más molestos, un virus limite mis posibilidades. **La salud de ahora se convierte en un tesoro que puedo invertir para beneficiar a otros.**

Cuando pierda la salud (ese momento llega más tarde o más temprano), Dios me concederá otros modos de darme, con la oración, la paciencia, la sonrisa ante quienes me ayuden.

Mientras la tenga, o tras recuperarla después de una enfermedad superada, pediré luz a Dios para que la sepa aprovechar en tantas obras buenas. **Porque la salud es un don maravilloso que recibo para darme a los demás...**